

pues, resta, Julia mía, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA. ¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERN. Me equivoqué; ahora conozco que no merecía usted esta ficción; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneración en mis bienes del mal trato de la suerte.

BIB. ¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERN. Sólo apetezco que su mamá de usted...

BIB. Venga usted á mis brazos, noble joven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA. ¿Conque ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni?...?

BERN. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DEOG. No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mío; llegó el caso de des-

cubrir el resto de mi plan: mi ruina es su puesta.

BIB. ¿Qué dices?

JULIA. ¡Papá!

BERN. ¡Supuesta!

DEOG. Sí, hijos míos; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi mujer; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡Ah! esposo mío, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA



MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y EN PRÓSA

PERSONAS

ROBERTO DILLON  
ANA DILLON, su mujer  
PATRICIO DILLON, su hijo  
ISABEL DILLON, su hija  
EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillón  
DERMOD, enemigo de Dillón, hombre falso, vengativo, etc.  
Milord FITZ WILLIAM, diputado de la corona de Irlanda  
JORGE, criado antiguo

MARIA, su hija, criada  
MAURICIO, jardinero de Eduardo, prometido de María  
UN MOZO  
UN ASESOR  
UN MINISTRO  
UN OFICIAL  
UN CRIADO  
Jurados, amigos de Dillón, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La acción pasa en Dublín, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra. Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillón, y el tercero en una sala de las casas consistoriales

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de la casa de Dillón; un parapeto de unos dos pies de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta ésta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardín, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de éste, un bonito pabellón de jardín, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA

JORGE, MAURICIO (Al alzarse el telón, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un bastón, llega por la muralla y se para delante de la verja.)

MAUR. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Sale*

*del vestíbulo poniéndose el vestido.*) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillón no espera á nadie y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAUR. Sí; soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAUR. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAUR. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

MAUR. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Ríe.*)

¡Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner!  
¡Eh, eh, eh!

MAUR. ¡Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

JORGE. Ven acá, muchacho, ven acá. *(Se abrazan.)*

MAUR. ¡Eh, eh! ¿Y cómo está mi María, vuestra hija, eh, eh, mi novia?

JORGE. Como todas las muchachas cuando están esperando con ansia el día de boda.

MAUR. ¿Cómo? ¿Pues qué... tiene calentura, ó?..

JORGE. ¿Calentura? ¡qué! ¡Está más gorda que una mula, y contenta como unas pascuas! Ríe, canta y charla más que cuatro.

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Pobrecilla! Pues á mí... señor Jorge, me sucede todito lo contrario: cuando estoy enamorado, me seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi María... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... ¿eh?

JORGE. Ya se ve; pero primero es la obligación. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena acción; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico así en el corazón de mi hija: ella sabe que eres un buen muchacho, un excelente jardinero; y y sino ahí estaba el señorito Eduardo, tu joven amo, que se hacía lenguas de tí antes de marcharte á Edimburgo: ya sabes que fué á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con María se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

MAUR. En hora buena: no deseo otra cosa... ¡Qué feliz voy á ser!

JORGE. Ahora bien, ¿y esas buenas nuevas que me traes?

MAUR. ¡Toma! *(Tristemente.)* Mirad, la primera es que mi tío se ha muerto.

JORGE. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

MAUR. *(Enjugándose las lágrimas.)* ¡Ah! ¡Yo lo creo! ¡Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres días que tuvimos la desgracia de perderle.

JORGE. ¡Lo que somos!

MAUR. Eso digo yo... ¡Caramba! ya se ve, no podía durar mucho desde que había dado en la flor de tener un ataque de apoplejía todas las semanas.

JORGE. ¿Apoplejía?

MAUR. Sí: los médicos dieron en sangrarle tanto

para que no se muriese, que no pudo vivir más. Y eso que... es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, según decían, y era una gran cura aquella. Así es que ógalos usted; ¡ellos mismos lo decían! Sí, señor, que á no haberse muerto mi tío de este ataque, hubiera podido ir tirando algún tiempo más.

JORGE. ¡Mira tú que desgracia! Por un poco ya... y joven todavía.

MAUR. ¡Ya se ve! Setenta y siete años no más, que ha sido una compasión: ya os podéis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardín y María, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

JORGE. ¿Qué dices? ¿Ha llegado el señor Eduardo?

MAUR. ¡Toma! Si le he dejado á una legua de aquí. Mauricio, me dijo, véte, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillón; diles tantas cosas, y que no tardaré mucho más que tú en estar á los pies de la hermosa Isabel, y que el corazón, y el alma, y... ¡qué sé yo cómo dijo! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

JORGE. Sí... ¿Y te estabas sin darme esa buena noticia? ¡Qué alegría para mis amos! ¡Oh! aquí todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. ¡María! ¡María!

MAR. *(De adentro.)* ¡Voy, allá voy!

MAUR. *(Conmovido.)* ¡Eh, eh! Es su voz... ¡Cómo me late el corazón! Señor Jorge, llamadla otra vez.

JORGE. Preciso será llamarla. ¡María! ¡María!

MAR. *(Lo mismo.)* Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los días de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

MAUR. ¡Eh, eh! decidla que no acabe: me gusta oír su voz.

## ESCENA II

Dichos, MARÍA *(María sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.)*

MAR. ¿Qué sucede, padre, para tanta prisa? ¿Hay fuego?

JORGE. ¡Fuego, eh, fuego! Sí, señora, fuego.

MAR. *(Mirando al rededor.)* ¿Dónde? Pues...

MAUR. *(Escondiéndose detrás de Jorge.)* ¡Eh! ¡Qué guapota está!

JORGE. *(Cogiéndola del brazo.)* Vamos, ¿qué miras? Tonta, ¿qué haces? Mira aquí enfrente de tí, levanta la cabeza... allí... *(La coloca enfrente de Mauricio.)*

MAR. *(Palmoteando.)* ¡Ah, ah, ah! ¿Qué veo? *(Riendo.)*

MAUR. ¡Eh, eh! Estás viendo á tu novio, María.

*(María suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.)*

MAR. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué alegría!

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Qué gozo!

JORGE. Eso es: llorad y reid como dos tontos, mientras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

MAR. ¿Llega el señor Eduardo? Corred, padre, corred: mientras que vos los avisáis, yo charlaré aquí con Mauricio.

JORGE. ¡No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envía á nuestro querido señor Eduardo en una ocasión como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos míos.

*(Va á quitar la llave de la verja, y entra en la casa.)*

## ESCENA III

MAURICIO, MARÍA

MAUR. *(Mientras que María acompaña hasta la puerta á su padre.)* ¡Tanta necesidad de consuelos!...—¡María!

MAR. ¿Qué?

MAUR. ¿Qué quiere decir eso de consuelos? ¿Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillón?

MAR. ¡Ah! ¡Pobre Mauricio! Aquí no hemos tenido más que desgracias desde que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque quería contártelo todo.

MAUR. Bien hecho, María: dí, ¿y qué ha sucedido?

MAR. ¡Caramba! ¡Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillón tiene enemigos en la ciudad.

MAUR. ¡Toma! Eso ya lo sabía yo, y mi amo también. Como el señor Dillón es católico, como dicen, y su familia también, y tienen su creencia y su religión, distinta de las demás gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aquí desde esta última

persecución no creo que ha quedado más familia principal católica que ésta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

MAR. ¡El lord diputado! Ya... ¿Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillón? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, más le valía al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda, igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa así, ó del otro modo.

MAUR. Y que tiene razón.

MAR. Ya se ve: mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los días me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que los calumnian vieses como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrían todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que así dicen por ahí.

MAUR. Anda, déjalos que digan.

MAR. Y luego hay más: mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. ¿Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

MAUR. ¡Toma! El hijo del señor Roberto Dillón.

MAR. El mismo: muy buen muchacho.

MAUR. Y que sabe más que un doctor.

MAR. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

MAUR. Y bien, ¿qué le ha sucedido?

MAR. No se sabe nada.

MAUR. ¡Oiga!

MAR. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco tristón... melancólico... pero eso no valía nada: ¡con todo y eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

MAUR. ¡Bah!

MAR. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermot, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente: yo, de buena gana creería que lo ha hechizado, Dios me lo perdone.

MAUR. ¿Hechizado?

MAR. ¡Vaya!

MAUR. ¡Bien podía ser! Ya se han visto casos...

MAR. Figúrate tú que no come, ni bebe...

MAUR. ¡Ay! De fijo. ¡Qué flaco debe estar!

MAR. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar cómo estará toda la familia; desconsolada. Darían cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

MAUR. ¡Caramba! si estuviera hechizado...

MAR. Yo, mal haya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. ¡Picarón! La prueba es que él siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y ¡luego tiene una cara de misterio y de mala intención!!!

(Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.)

ESCENA IV

Dichos, DERMOD (María prosigue hablando sin ver á Dermod.)

MAR. Mira, como soy me alegraría de que vieses al tal camandulón, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado, y de...

DERM. (Deteniéndose á algunos pasos de María, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.) ¡Buenos días, hija mía!

MAR. (Volviéndose.) ¡Ay!

DERM. ¿Qué es eso, María? ¿Me tenéis miedo? Pues creed que la pureza de mis designios...

MAR. ¿Miedo? Sí, señor, algo hay de eso.

MAUR. (Observándole.) María, ¿es éste tu Dermod?

MAR. Sí; mirale bien.

MAUR. Le he conocido sólo con verle.

DERM. ¿Se puede ver á vuestro señorito?

MAR. Señor, yo no sé. Si queréis entrar en casa...

DERM. No, yo... yo... prefiero aguardarle aquí. Tened solamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

MAR. ¡Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estáis aquí.

MAUR. (Y es verdad que tiene cara de pícaro.)

MAR. (A Mauricio.) Ven, Mauricio, ven: no quiero que te quedes solo con ese hombre.

MAUR. ¡Caramba! No, no, ¡Dios me libre!

(Coge su envoltorio y su bastón, y se entra con María en la casa.)

ESCENA V

DERMOD

El joven Dillón me ha enviado á llamar: esto es bueno. ¿Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugerencias; y en fin, á mi ascendiente? Sí: ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo: llegó el momento de sucumbir: no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará: Dillón renegará de su religión: estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. ¡Qué triunfo para él si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublín la separación de la religión católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones! ¡Ah! Este sería un golpe mortal para la familia de Dillón, la venganza más segura y más cruel que puedo tomar de ella. ¡Inflexible anciano! ¡Cuán lejos estás de sospechar que al cumplir con tu obligación, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader extranjero que mantenía relaciones con el famoso pirata escocés, al hacerle expulsar ignominiosamente de este pueblo, sólo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna más rápida! ¡Ah! Tu celo te costará bien caro. No hay enemigo despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumiré tu desesperación, y ¡ay de tí si llego á encontrar una coyuntura, un pretexto para acusarte! Pero alguien se acerca: ¡ah! es el joven Dillón.

ESCENA VI

DERMOD, PATRICIO (Patricio se acerca lentamente con ademán triste y meditabundo.)

DERM. (Observándole.) ¿Qué significa ese aire taciturno y abatido? ¿Si me habré lisonjeado demasiado pronto? (Alto, cogiendo la mano á Patricio.) ¡Vaya! Querido amigo, aquí estoy ya; me habéis enviado á llamar. ¿Os habéis decidido ya á ceder?... ¿Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la mujer más amable y más hermosa de?...

PAT. Dermod, os agradezco el interés que tomáis por mi suerte; pero, ya lo sabéis, la fortuna no es para mí; si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, sólo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. ¡Ah! ¡Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algún día esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oír las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y senté en mi interior el valor de los héroes. Una preocupación funesta, la diferencia de religión, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injusticia, volví mis ojos hacia ese arte sublime, tal vez más poderoso que aquéllas, hacia esa elocuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los extremos del universo, que trueno contra el error, que persigue el vicio y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupación me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupación viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazón se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia de que no puedo hacer el uso que me dicta mi albedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué extremo me hubieran podido conducir mi abatimiento y mi desesperación, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme trasportado á otro universo: Hortensia fué el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida: ¡ah! conocí, no sin estremecerme, que esta pasión terrible iba en fin á decidir de mi suerte.

DERM. ¡Ah! Y por esta vez no hallasteis oposición; Hortensia os adora.

PAT. Sí; ¡pero también se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! ¡Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! ¡Cómo si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

DERM. Querido amigo, ¿llamáis perjuro al abrir los ojos á la luz de la verdad, el?...

PAT. ¡Silencio! Dermod, respetemos mutuamente lo que nuestros padres han respe-

tado. Si uno de nosotros gime en el error, sólo Dios puede juzgar nuestra causa.

DERM. (Algo cortado.) ¿Con qué objeto, pues, me habéis llamado?

PAT. Ya sabéis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

DERM. ¿Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negáis...

PAT. Dermod, ¡todavía no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mío, vos, que llevado de la piedad os ofrecéis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad entregad sin demora esta



carta al padre de mi querida. (Se la da.) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

DERM. ¿Qué le prometéis para lograr la mano de su hija?

PAT. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

DERM. ¿Lo exigís, amigo mío? ¡Ah, cuánto más fácil sería y más seguro!...

PAT. Por Dios, Dermod, dispensadme mi flaqueza.

DERM. (Cederá, cederá; dejemos obrar al amor.) (Alto.) Voy á ver á Hortensia y á su padre: ¿dónde nos veremos?

PAT. En este mismo jardín.

DERM. (Sorprendido.) ¡Aquí!

PAT. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduar-